

LA CUECA LARGA DE LOS PINCHEIRA

Un protocarlismo criollo

José Manuel González

(Instituto Hernandarias - Argentina)

I. Introducción

En agosto de 2008 en un congreso realizado en la ciudad chilena de Concepción leímos ante chilenos, españoles y argentinos las siguientes palabras que hemos querido conservar y poner como prefacio de nuestra introducción por la sentida significación que poseen al ser dichas, precisamente, en el lugar geográfico que dio origen a la saga pincheirina. Decíamos así:

«Pido en primer lugar disculpa al digno auditorio ante el que hablo. Auditorio de compatriotas de Sobrespaña que dijera el inolvidable Ramón de Basterra. Sobrespaña que junta a todos los hombres de las tierras varias que un día fueron “cristianitas minor”, y por tanto correligionarios, y a los que hoy nos cobija la tierra chilena de Concepción, generosa en su pan y en su vino, y que por ello nos hace compañeros.

Por correligionarios, por compatriotas y por compañeros solicito indulgencia ante mi ponencia, y, sin más, acollarando mi decir al de mi paisano don José Hernández en su *Martín Fierro*, con

(*) *Cueca larga*: expresión musical y poética chilena, que por su fibra y marcialidad, nos ha parecido oportuno utilizar en lugar de saga o epopeya. Algo así como si dijéramos de las carlistadas del siglo XIX «las tres jotas de la lealtad española», o de la lucha cristera mexicana, «los corridos de Cristo Rey».

aquello de "Pido a los santos del cielo/ que ayuden mi pensamiento/ les pido en ese momento/ que voy a cantar mi historia/ me refresquen la memoria/ y aclaren mi entendimiento", reforzándolo, yapándolo, con la voz inmensa y colectiva que recogiera nuestro, y vuestro, por de todos, Juan Alfonso Carrizo: "Por ser la primera vez/ que en esta casa yo canto/ Gloria a Dios/ Gloria a la Virgen/ Gloria al Espíritu Santo».

Y si «ponencia» es, conforme el diccionario de la Española, «comunicación o propuesta sobre un tema concreto que se somete al examen y resolución de una asamblea», ya ven Ustedes por qué solicito la indulgencia. Por mi parte me afirmo que es el tratado un tema concreto. Al que, con alguna erudición un poco pedante, se podría denominar como cuestión actual y palpitante.

Es innecesario mencionar, por sabido, que toda historia, toda reflexión o investigación histórica, si se quiere, es siempre actual, y se hace desde un tiempo, y un lugar agreguemos, preciso, de ahí su naturaleza concreta. Y la que les haré conocer brevemente está signada muy intencionalmente por ella.

Sirva de «abstract», o resumen esta proposición: «La cuestión de la Independencia, sus influencias exteriores y, en forma muy especial, su aceptación o rechazo por lo que denominamos «sectores populares», por lo reconocido de la expresión y sin pretender embarcarnos en discusiones «bizantinas» al respecto, es el nudo gordiano, sin tajar, que puede explicarnos la situación de fracaso colectivo que sufren los pueblos hispanoamericanos, y aún la misma España».

2. El fenómeno al que intentaremos acercarnos en estas reflexiones, en primer lugar aparece como «algo» que es factible de ser hallado dentro de lo que por comodidad se podría denominar en clave «schmittiana» como «gran espacio ibérico», esto es la proyección planetaria de las naciones ibéricas. El mundo de habla hispana y la lusofonía nos dan el marco estricto de los límites geográficos de dicho gran espacio, pero además dentro del mismo

es factible, repetimos, hallar conductas ideales o pragmáticas que poseen una sorprendente similitud.

Así ciertas reminiscencias del mito «sebastianista» que pueden encontrarse en pleno siglo XX brasileiro en torno a la figura de un Getulio Vargas. Cómo no recordar el especial sonido de la consigna de sus seguidores en las vísperas de su segundo período de gobierno: «¡ele voltará!».

En este espacio y con las diferenciaciones que luego veremos es donde se dará el dramático fin de los imperios transatlánticos ibéricos, dependiendo en cada caso la profundidad de ese ingrediente dramático del modo en que se produjo la separación. Es manifiesto el distingo entre la secesión pactada, acompañada y manifiestamente indolora del Brasil y la casi trágica de una Cuba, que hoy mismo sigue pagando la falta de precisamente aquellas condiciones.

En primer lugar se pueden encontrar causales del proceso de la independencia, que pueden ir desde explicaciones social darwinistas, que rechazamos de plano por exigencia científica, hasta las de tipo geográfico o geopolítico, pasibles de ser tenidas en cuenta, pero que son a todas luces insuficientes. Las de tipo económico —con la precariedad que poseen por su, confesado o no, interés de elaboración— son también aceptables, en algunos casos, y aún más cuando se las puede leer desde el revés de la trama. Y asimismo las sociológicas, que en su caso permiten utilizar más seriamente aquellos datos aportados por las que mencionamos en primer lugar. Las propiamente políticas —y con más razón las infectadas e infestadas de fetichismo constitucional— nos pueden acercar más a la explicación, a condición de tratarlas con el mismo ojo que a las económicas. Y es por ahí donde creemos encontrar el hilo del ovillo.

Comentando a don Álvaro D'Ors, nos define Miguel Ayuso a la legitimidad: «... legitimidad (...) fundada sobre la adecuación o el ajuste del poder sobre la ley natural, a la que (se) añade un segundo ingrediente —secundario—, cual es el imperativo de la tradición

constitucional de cada pueblo, en la medida en que no contradice el primer criterio. Tradición constitucional que no se confunde con la legalidad de la constitución escrita, sino la auténtica manera de ser de cada pueblo, esto es, la ley y costumbre de los antepasados conservadas por las sucesivas generaciones.»

En esta causal creemos que se puede encontrar la razón de la sinrazón iberoamericana, o peninsular. En esta psicopatológica negación de la personalidad propia, en sus aspectos trascendentes e inmanentes. Negación o rechazo que por una peculiaridad que se podría denominar casi fatal, siempre es resistida más en los sectores populares o humildes. Pruebas al canto la lucha de los pueblos de las Españas contra la Francesada, pese a algunos intentos, que aún hoy —o quizás hoy con mayor vigor— se hacen para desvirtuarla. Lo que sigue, es, continuando líneas maestras ya abiertas, el intento, el ensayo de, tomando un caso específico, mostrar esa misma resistencia en las Indias. Es también un homenaje a todos aquellos que murieron por su *rey y ley*. Y cuyos huesos se pudrieron gloriosamente en tierra americana. Quizás no añoren monumentos, que los igualaría con tanto bronce indecente, como suele decir un sacerdote argentino, pero seguramente anhelarán, desde la Gloria de Dios, la reparación de sus nombres y apellidos para ayudar a sus retoños a salir de los *doscientos años de soledad, desunidos por el espanto* para remedar a esos dos jerifaltes del desarraigo, los conocidos Gabriel García Márquez y Jorge Luis Borges.

Continuando con la apelación a los testimonios de creadores literarios del siglo pasado, es cierto que da pena leer a un destacado poeta de Chile, Nicanor Parra, referirse a sus propios antepasados de este modo y manera «viene del viejo mundo/ lo más inmundo». Pena da, decimos, al leer entre los listados de la montonera pincherina tantas veces citados criollos de ese apellido. Quizás ahí encontremos el núcleo duro de nuestro mal, para sanarlo se debe entonces volver a pensar la Independencia.

Y aprovechar la proximidad del segundo centenario del proceso que llamamos de la independencia hispanoamericana que

comienza a producir, en todos los países de lengua hispana, un movimiento intelectual de tipo crítico sobre los hechos, ideas e intereses que confluyeron a partir del año de 1810 y que ayudaron a que la emancipación, o secesión, al decir de Julio C. González, se consolidara. Esos hechos, ideas e intereses tuvieron la fuerza suficiente para producir el desmembramiento del Imperio español, y generar el surgimiento de una cantidad de naciones o estados, por lo menos excesiva, en el ámbito en el que, según palabras de Rubén Darío, indio chorotega de la profecía continental, los cachorros sueltos del león celtibérico perseveran aún en rezar a Jesucristo y hablar en español.

Naturalmente, al volver la vista atrás y revisar los doscientos años de convivencia independiente, conforme a una de las denominaciones propuestas para designar al período transcurrido entre 1810 y 2010, surgen preguntas. Como es natural en todo examen de conciencia, y, también, es lo razonable, surgen respuestas. Que indefectiblemente generan nuevas y más angustiantes preguntas.

«La pregunta clave sobre la experiencia hispanoamericana en el primer cuarto del siglo XIX es por qué algunas colonias escogieron la insurrección mientras que otras permanecieron leales, en las mismas circunstancias internacionales prevalecientes. El imperio español en la América continental había terminado ya al fin de la tercera década del siglo XIX. Y sin embargo, esta uniformidad de resultados se debió a grandes variaciones en el proceso. El virreinato del Perú tuvo que ser obligado a ser libre, invadido por ejércitos desde el norte y desde el sur.

Sus primeros presidentes independientes fueron traidores a su nuevo estado al pasarse a España al acercarse a su fin la guerra de la independencia. Cuba, la parte más meridional de Chile (Chiloé y Valdivia) y el oeste de Venezuela (Coro y Maracaibo) siguieron siendo bastiones del gobierno español hasta el fin del mismo.

Si capitales coloniales como Buenos Aires, Santiago o Caracas fueron focos de la rebelión, la virreinal ciudad de México fue pue-

to de mando para la defensa del gobierno español. Las elites modernizadoras de Cuba nunca rompieron con España; antes bien, modificaron las estructuras coloniales para adaptarlas al cambio acelerado.

¿Por qué no ocurrieron guerras de independencia por doquier, y por qué difirió el proceso, tanto que se requirió la conquista militar para expulsar a los españoles de América, para consternación de tantos de sus antiguos súbditos que habían luchado para salvar al imperio?» (Jorge I. DOMÍNGUEZ, *Insurrección o lealtad. La desintegración del Imperio español en América*. Fondo de Cultura Económica, México, 1985, p. 12).

Nosotros, por nuestra cuenta agregamos: ¿Por qué la guerra de la independencia hispanoamericana duró quince años? ¿Cómo se explica la diferencia con la corta guerra de independencia de los EEUU, o la inexistente del Brasil? ¿Por qué para EE.UU. y el Brasil el corte político no significó un intento de sustituir las raíces de su cultura? ¿Qué hizo que ambos países en cuestión hubieran logrado mantener su unidad (Brasil), o simplemente crearla (EE. UU.)? ¿Cuál fue la causa de su crecimiento territorial, económico, demográfico, etc.?

Sin embargo estas, y otras muchas preguntas que surgen cada día en la imaginación de cualquier hispanoamericano preocupado por el destino de su tierra y de su gente, parecen no hacer mella en el ánimo de la «intelligentzia latinoamericana», valgan esclavismo y galicismo juntos. La efeméride, y sus consecuencias, no parece quitar el sueño a ninguno de los sectores de dicha «intelligentzia». En todo caso, se me ocurre, meditarán reeditar las hazañas del Quinto Centenario. O sea, ver si es posible obtener recursos económicos del Estado español, para realizar publicaciones, películas, CD o lo que fuere donde se niegue y reniegue de lo español. Como ejemplo paradigmático de aquel gallardo actuar quede el testimonio de la revista oficial de la «Comisión del Quinto Centenario» de la República Argentina, que presidía don Julio Bárbaro por aquellas calendas, de la cual sólo salió, a Dios gracias, un número.

Y razones no le faltan para evitar el interrogarse. Por una parte tenemos la que se podría denominar escuela «académica» u «oficial». Heredera forzosa de la liberal que fundara, prácticamente, todas las «historias» hispanoamericanas y que posee una fuerza y una vigencia mucho más agentes de las que se suponía iba a tener. Escuela que muchos, ingenuamente, imaginamos acabada, por lo menos en la Argentina y en la lejana década del 70 del pasado siglo, y que sin embargo resultó tan poderosa, y tan realimentada desde lo del «fin de la Historia», ya que su posición influye, no sólo entre los restos de las «oligarquías historiadoras», que sobreviven adheridas a los lugares que en la burocracia cultural confieren prestigio, además de congrua, sino también entre determinadas corrientes que se supondrían no influidas por esa hagiografía, estamos tentados de decir, más que auténtica historia.

Así podemos ver que, en consecuencia, el presidente Chávez, en Venezuela, y desde una postura política e ideológica que se sitúa en el marco de un populismo de centro izquierda, llega a cambiar hasta el nombre de la propia nación para dar entrada en él a Bolívar.

Convirtiéndolo así en la patria misma, y desconociendo hasta el menor aporte a la crítica del pensamiento y del accionar del caraqueño, que es —como ha demostrado algún asesor del Presidente Chávez, pronto desplazado— el problema de la independencia misma, es decir que la «dependencia», que Chávez pretende romper, se originaría en el mismo pensamiento bolivariano que exalta.

Todo esto, en un país que, como Venezuela posee en Boves, un conductor de los llaneros realistas que varias veces derrotaron a Bolívar, una figura paradigmática del enjuiciamiento a la visión lineal de la guerra de la emancipación o secesión. Enjuiciamiento no sólo intelectual, sino vigente en la memoria popular misma que recordaba hasta bien entrado el siglo XX cada año al «Taita». Una Venezuela que tiene con la novela «Las lanzas coloradas» de Uslar Pietri, una verdadera avanzadilla en el campo de la revisión histórica; sin olvidar, tampoco, que otro Uslar Pietri analizó ese proceso, ya no bajo forma de ficción, en su «Historia de la Rebelión popular

de 1814», o los aportes que, con respecto al tema, y a Bolívar en especial, hicieran sus hermanos gran-colombianos Liévano Aguirre, López Michelsen o Corsi Otálora.

Tentados estamos de preguntarnos si las banderas tricrucíferas —inglesas— que ondearon en las batallas grancolombianas, hermanas de las que, como nos enteramos, poco ha, lo hicieron en la oriental Las Piedras, serán las responsables de la nula conciencia crítica frente a la cuestión. Aún en su «Alabados sean nuestros señores. Una educación política», Régis Debray —asesor del «Che» Guevara en su trágica aventura boliviana— deslizará casi al pasar: «...y Bolívar, con un puñado de ingleses y de desharrapados de las orillas del Orinoco terminó con el más viejo imperio colonial del mundo». Con la misma, clásica, impudicia galicana considerará luego escasos los 15 años de resistencia del realismo hispano-criollo frente a la conjunción de intereses antepañoles y antihispano-americanos. Entre ingleses y franceses se reparten la tierra que no supieron ni descubrir, ni conquistar, ni poblar, ni mucho menos evangelizar, ya que EEUU es una creación post-independencia, y con numerosos protagonismos no anglosajones. Las banderas, decimos metafóricamente, ya que mejor sería decir el prestigio que dichas banderas poseen entre los miembros de la «intelligentzia latinoamericana» que —con palabra de abolengo carlista y de abundante uso en décadas más fecundas para Hispanoamérica— se denominó como de «los cipayos».

Esta escuela es, naturalmente, la sedicente «opositora» y silenciada, la «progresista», repite también la «vulgata» sobre la Independencia, asociando, eso sí, a sus minúsculos aportes, alguna cita de Toni Negri o de Sartre, de Derrida o de Adorno, sin que falte el ex populista, en la Argentina, reciente descubridor de Alberdi, Sarmiento y Mitre, que entrevere a Nietzsche con el pobre de don José Martí, que, dejando a un lado su genio poético raigalmente hispano, no deja de ser un Sabino Arana con palmeras de fondo y que no falta nunca, eso sí, al pie de página algunos de los importantísimos aportes teóricos de Ernesto Guevara de la Serna, citado

como «Che» Guevara, y no como «el Che» Guevara tal y como se dice entre argentinos.

Ninguno, ni de los unos ni de los otros, quiere ceder un paso. Y los intentos realizados en ese sentido —aún por los no anatematizados con los sambenitos de «hispanista», «integrista», etc.— son ninguneados, al decir mexicano, con esa capacidad notable que los intelectuales progresistas de Indias comparten con los peninsulares, para dar por inexistente a cualquier pensamiento que no comulgue con las ruedas de molino de la historia al uso.

La actitud crítica, la única científica, y que implica el necesario balance, por medio del cual se pueda asignar méritos o tachas a los protagonistas de la inmensa convulsión que entre 1810 y 1825 destrozara el imperio español, no tiene lugar. Y si obtiene alguna inserción académica deberá permanecer en ella, aislada, confinada en un lazareto intelectual, expresa y muy efectivamente privada de cualquier acceso a lo que se considera «la niña de los ojos» de los que saben de qué va la cosa: los medios de comunicación social.

Sin embargo había y hay otra historia; repasando viejos textos hispanoamericanistas se da en encontrar que en 1918, J. Francisco Silva, historiador cordobés y político yrigoyenista, decía en una aproximación al tema:

«En cambio, en la América española no se examina lo que se ha hecho en el siglo XIX con la independencia, o sea se da por supuesto que desde 1810 no hay más que una ascensión progresiva y gigantesca... Lo absurdo de este sistema en América española desde 1810, mantenido por el patriotismo que señala para la independencia una virtualidad a la palabra en sí, con gravísimo error. Se confirma, aún más, viendo que tal proceder es opuesto a la esencia de la historia... Así para España y América española y como para los demás pueblos hispánicos, sostener, como es uso, que la situación ideológica de la independencia no está sujeta a revisión, es negar la eficacia de la razón humana... La independencia de 1810 sobre el territorio del Católico Hispa-

no Imperio, fundó los actuales Estados. Su objetivo fue nacionalizarlos fuera, contra y aparte de España. El resultado después de un siglo ha sido inverso: los ha desnacionalizado... En esta obra negativa no existe la voluntad deliberada de los revolucionarios de 1810 de producir un siglo después este estado de malestar, de debilidad interior en América española, sino que... la Revolución de 1810 fue en función de la política internacional de Europa, que formó las rivalidades imperiales en el siglo XVI entre Inglaterra y las Potencias contra el Imperio español (España, América española), y que acabaron con el triunfo de uno de los bandos en 1825, es decir con la Desmembración del Católico Hispano Imperio y el natural auge de Inglaterra».

Casi un siglo después Fernando Hernández Sánchez, en el prólogo de su «El Mundo Moderno», libro de texto, se anima a concluir:

«...el Estado Nacional español se constituye junto con América (...) A su vez, la constitución de un solo Estado con marco geográfico en Europa y América nos permitirá comprender un hecho (...) La independencia americana, que es algo bastante más complejo que el deseo de un conjunto de clases dirigentes locales (...) En este proceso de búsqueda de una interpretación más acabada, resulta conveniente hacer notar lo breve que fue la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos, y, en contrapartida, lo prolongadas y conflictivas que fueron las guerras independentistas de los países hispanoamericanos, que todavía pagan hoy el precio de la ruptura del orden establecido».

Si cotejamos los dos textos vemos que nuestro contemporáneo ha tenido que ser más cauto y medido al exponer su conclusión. Contra lo que era dable esperar el paso de casi un siglo no generó más libertad de análisis y capacidad de opinión.

Contradicción sólo en apariencia existente, ya que hasta los más cándidos y «panglosianos», comprenden ya, o empiezan a comprender, que el mundo que nos ha tocado vivir es uno en el

que muchos países, sedicentes democraticos, han instaurado el delito de opinión histórica. Delito que no permite discutir ciertos hechos, ni siquiera en sus aspectos cuantitativos.

No ha de extrañarnos, por tanto, si no ponemos los medios, que, en día no lejano, se nos obligue a creer en la «Brevísima» de Las Casas, tal como hoy profesamos el Credo. O, lo que es, si se puede, peor, que debamos rezarle en los altares al dominico, en lugar de a hacerlo a la que, obedeciendo lo que mande la Iglesia, pero de todo corazón, algunos ya llamamos Santa Madre Isabel de Castilla y sus Indias. De todos modos no podemos negar los argentinos que en este oficio tenemos precursores de rango:

«En la sesión del 17 de julio de 1941, tuvo entrada en el Senado de la Nación, suscripto por los senadores Eguiguren, Oddone, Tamborini y Laurencena, el siguiente proyecto de ley: Art. 1) Será reprimido con prisión de 2 a 10 años el que ofendiere, deshonrarse o desacreditare por cualquier medio: A nuestros símbolos nacionales, bandera himno o escudo; A los próceres de nuestra Independencia o de la organización nacional o a sus efigies o monumentos. Art. 2 El que publicare, reprodujere o propalare por cualquier medio, las ofensas o injurias enunciadas en el artículo anterior, será reprimido con la misma pena correspondiente al autor...». (José P. BARREIRO, *El espíritu de Mayo y el revisionismo histórico*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1955, p. 210).

Para intentar responder las preguntas al principio enunciadas es que nos hemos propuesto acercar la mirada a un grupo de hombres —los Pincheira— que actuaron dentro del inmenso cataclismo desatado por aquellos factores que, decíamos antes, habían concurrido en el año 1810.

Pero antes se hace preciso probar que las aseveraciones comunes de la historia hispanoamericana no son más que simples peticiones de principio, al menos en muchos casos, en innumerables casos, que fueron sustento de aquella historia mítica que

nuestras repúblicas —con un cierto matiz de indigenismo, otro de angloafrancesamiento, y, a veces, un intento de vaticanismo— generaron para reemplazar su auténtica y magnífica epopeya fundacional.

II. Excurso Probatorio

a) *Patrocinio.*

Siguiendo la preceptiva del ensayista argentino Arturo Jauretche intentaremos un ejercicio. Reemplazaremos la cita de Belloc cambiando determinados sustantivos.

«Por lo tanto, todo lo que se ha escrito al amparo de esta curiosa prepotencia está tergiversado por la ignorancia de lo que la *Reforma* destruyó: ignorancia de la unidad del *mundo cristiano*. Pero nuestra enseñanza oficial al ignorar así el alma misma de *Europa*, difunde historia falsa (...) Sin embargo, cualquier historia justa de la *Reforma*, ... solo puede presentarse de este modo: la *Iglesia Católica* creó a *Europa*. La *Reforma* resultó, en sus efectos decisivos, un esfuerzo para extinguir ese principio vital, y en la medida que pudo lograrlo, una destrucción de nuestra unidad, y por lo tanto de nuestra *cultura europea común*; puesto que una cosa es porque es una (...)».

Cambiar entonces: Reforma por Independencia; mundo cristiano o Europa por Hispanoamérica; Iglesia Católica por Monarquía Católica Española; y cultura europea común por Hispanidad. Nos parece que el maestro inglés nos permite a través de este simple ejercicio aproximarnos analógicamente al meollo de la temática independentista. Todo ello incluyendo especialmente dos aseveraciones: una contenida en el texto, y la otra clásica, y que merecen, como decíamos más arriba, ser reflexionadas a fondo: «una cosa es porque es una», y la más puntual: «la Reforma fue un levantamiento de los ricos contra los pobres».

b) Probanzas testimoniales de descargo.

Es común en la historiografía que venimos cuestionando desconocer la existencia de los movimientos que estudiamos en este trabajo. Todo se reduce conforme ese pensamiento a la presencia en América de una burocracia colonial y de un supuesto ejército español de vencedores de Napoleón derrotados a la larga por el ímpetu y la decisión de las fuerzas patriotas.

Nada más alejado de la realidad. En lugar de burocracia colonial se puede, como probaremos luego, hablar de fidelidad señorial, fuera ésta tanto de funcionarios imperiales como de miembros de las clases o estamentos dirigentes criollos. Por otro lado el supuesto ejército de vencedores de Napoleón, sin negar alguna presencia, mejor sería verlo como expresión de la fidelidad del pueblo criollo que nutrió en un porcentaje elevadísimo todos y cada uno de los ejércitos realistas; sin contar, por cierto, las guerrillas, partidas, montoneras o facciones fieles al Rey que como es lógico estaban constituídas prácticamente en su totalidad, dada la característica del tipo de guerra, por nativos americanos.

Así, y como prueba vamos a ofrecer una serie de citas de diversos países y épocas con las cuales pretendemos testimoniar nuestra afirmación.

1.- «—Tata Presidente: por sangre, en pura línea recta yo vengo de don Juan Matalbatz, el Cacique de Chamelco, a quien un Rey de España agració con un bastón de mando y una campana. Mi corazón está contento de verte aquí, entre la gente Chamelco y por eso te pido que al regresar a España le vas a decir a tu Rey que nosotros los naturales siempre estamos sujetos a su real corona. Que esperamos sus órdenes y que yo le mando saludos en nombre de todo el pueblo de San Juan Chamelco. — ¡Saludos al Rey de España!, arguyó el Presidente muy admirado. En eso hay una equivocación, Señor Alcalde. ¿No han oído ustedes hablar de la Independencia y del 15 de setiembre? Guatemala es ahora una república soberana y yo soy

su gobernante ... Profundo silencio ... A lo lejos los nostálgicos sonidos de una marimba...». (Carlos SAMAYOA CHINCHILLA, *El Dictador y yo. Verídico relato sobre la vida del General Ubico C.*, Editorial José de Pineda Ibarra, Guatemala, 1967, pp. 222/223).

2.- «El capitán Luis de la Cruz llega al fortín de Melincué después de una larga travesía. Su baquiano, el cacique Pulmanque, lo ha guiado sin contratiempos, pero por sobre todo ha hecho posible una entrevista con el gran cacique Currupilun. Los dos hombres se saludan. Los caciques menores y los capitanejos están en cuclillas. Escuchan el diálogo entre su cacique y el hombre blanco. El capitán dice:

—Hay que comerciar con los hombres del rey de España, que es poderoso y grande. Hay que respetar al virrey, que representa al rey. Los invito al diálogo.

Currupilun contesta:

—El virrey anterior me mandó llamar con altanería. Yo no fui porque soy Independiente y no obedezco a nadie. A nosotros se nos invita, y no se nos ordena. Hoy ha cambiado esto. Usted es humilde y viene a invitarnos. Ahora haremos trato.

El capitán de la Cruz no sale de su asombro ante la contestación, pero mucho más se asombra cuando el cacique dice, para finalizar su parlamento:

—Debe ser poderoso el señor a quien sirve, pues por el criado se conoce el poder del amo.

El cacique Currupilun no sólo aceptó el trato sino que, cuando se enteró de la primera invasión inglesa, envió una embajada al Cabildo de Buenos Aires para felicitar por la reconquista y ofreció sus lanzas para defender la ciudad de un segundo ataque. (Manuel VILLAFANE, *Un Príncipe de la Pampa*, Buenos Aires, s/f.).

3.- «Durante todo el tiempo que duró la revolución, y aún después, Pasto fue motivo de constante preocupación para los patriotas, que estaban en la situación de celosos misioneros enér-

gicamente determinados a salvar al pagano recalcitrante, a pesar suyo. Los pastusos no solo no se sentían afectados por la fiebre de la Independencia: se oponían furiosamente a ella. Monárquicos hasta la médula, resistían la liberación con gran denuedo, y cuando ya la causa de España parecía perdida, preferían morir a aceptar otra dominación. Todavía en la actualidad, según se dice, hay hombres que beben a la salud de Su Magestad Católica de España, despreocupados de las realidades desconcertantes de la historia». (Kathleen ROMOLI, *Colombia, panorama de una gran democracia*. Editorial Claridad, Buenos Aires, 1944, p. 195).

4.- «Pedro Vicente Cañete legó a la posteridad una producción cuantiosa y de altos quilates. Aparte del «Dictamen jurídico», del «Sintagma de las Resoluciones prácticas cotidianas del Derecho del Real Patronazgo en las Indias», y del «Discurso sobre el manejo de la Real Hacienda en América, concordado con la teología y la jurisprudencia civil», se deben a su pluma infatigable las siguientes obras: «Historia de Potosí», «Discurso histórico cronológico sobre la Fundación de Buenos Aires», «Carta consultiva apologética en defensa del Virrey Liniers contra los cargos de la Junta Americana», «El clamor de la lealtad americana», «Informe sobre la Casa de Moneda de Potosí», «Dictamen a pedimento del Virrey don Baltasar Hidalgo de Cisneros sobre el plan que se debería seguir para atajar y reprimir la revolución», «Carta consultiva sobre la obligación que tienen los eclesiásticos de denunciar a los traidores, y exhortar en el confesionario y púlpito su descubrimiento y captura», «El espectáculo de la verdad», «Prescripciones», «Ensayo sobre la conducta del General Bolívar» y «Guía histórica, geográfica, física, política, civil y legal del gobierno e intendencia de la Provincia de Potosí». A Cañete le perdió su fidelidad a España, motivada por su alejamiento de su tierra natal y su actuación en el seno de una sociedad americana que le era hostil. Pero cualquiera que lea sus obras tendrá que reconocer la presencia de un potente escritor, de luminosa inteligencia y vasta

erudición. Está a mil codos sobre muchas celebridades de su época. Como pensador político tiene el sentido de las realizaciones prácticas y enuncia ideas profundas que se anticipan a su tiempo; como historiador, es un revolucionario que construye libros sobre una rigurosa comprobación documental, y superando la crónica del acaecer puramente político, concede su justa gravitación a los factores jurídicos, económicos y sociales en el proceso de la vida» ... «Manuel Antonio Talavera (...), a semejanza de Cañete, abraza la causa del Rey en la hora de la Independencia. Lo mismo que Cañete en Bolivia, Talavera en Chile inquiere noticias de la Patria ausente y la actitud paraguaya frente a la Junta de Buenos Aires, llena a ambos de alegría ... Esgrime la pluma para seguir paso a paso el fenómeno revolucionario, y escribe las «Revoluciones de Chile», «Dario imparcial de los sucesos memorables acaecidos en Santiago», desde el 25 de mayo de 1810 hasta el 20 de noviembre de 1811. El «Diario», de Talavera, como creación de una persona docta, no se haya desprovisto de méritos literarios, pero más que por ello perdurará como fuente insustituible donde han de informarse cuantos estudian la revolución chilena. Merece el más alto elogio la objetividad con que este hombre relata, reprimiendo las pasiones que hierven en su alma, acontecimientos que están en pugna con su concepción de la vida, y con su ideal social y político». (Ignacio A. PANE, *Ensayos paraguayos*, en «Selección y Reseña de la Historia Cultural del Paraguay» por J. Natalicio González, Ediciones Jackson, Buenos Aires, 1946, pp. LVII a LVIX).

5.- «La Revolución de Mayo no fue un alzamiento general de las poblaciones del virreinato contra el Rey, sino el resultado de una conjuración limitada». (...) «Los gauchos del litoral, atentos solo a la conveniencia de tener carne, pan y tierra baratos para continuar viviendo en su holganza semisalvaje, eran partidarios, sin saberlo, del sistema restrictivo mantenido por el Rey. Además rehuían el servicio regular en los ejércitos patrios. Entretanto, la Revolución de Mayo había sido hecha por librecambistas, y eran

los hacendados quienes suministraban recursos e ideas al gobierno de Buenos Aires, orientado hacia grandiosos planes de civilización y progreso». ... «Paréceme que esta explicación de los hechos permite comprender por qué, desde Artigas a López Jordán, hubo permanentemente en nuestro país millares de hombres descontentos y dispuestos a rodear, con una popularidad que no conoció la guerra contra España, a cuantos se alzarán contra el gobierno autor de las nuevas fórmulas económicas». (Juan ÁLVAREZ, *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*, Círculo Militar, «Biblioteca del Oficial», Buenos Aires, 1938).

6.- «Es cierto que Bolívar con anterioridad había decretado la libertad de los esclavos, por proclama fechada en Carúpano el 2 de junio de 1816; pero con características tales que en su artículo 3º se leía: 'El nuevo ciudadano que rehuse tomar las armas para cumplir con el sagrado deber de defender su libertad, quedará sujeto a servidumbre, no solo él sino también sus hijos menores de 14 años, su mujer y sus padres ancianos'. Veinticinco días después comentará: 'He proclamado la libertad absoluta de los esclavos; la tiranía de los españoles les ha puesto en tal estado de estupidez e impreso en sus almas tan grande sentimiento de terror que han perdido hasta el deseo de ser libres! Muchos de ellos han seguido a los españoles'». (Luis CORSI OTÁLORA, *Viva el Rei! Los negros en la Independencia*, Ediciones de la Academia, Buenos Aires, 2006, pp. 65-66).

7.- «El general Alvear tenía a su servicio a un negro ... junto con su amo había viajado muchísimo, hablaba francés e inglés (...) algunas veces también le oficiaba de secretario al general, siendo en ocasiones hasta enlace suyo con los Carreras (...) sentía la necesidad casi constante de demostrar que era persona de calidad y casi siempre sus provocaciones lo llevaban al campo del honor ... sus lances se concertaban en el hueco de las ánimas, hoy plaza Vicente López, allí donde lo dejó tuerto al negro Eulalio Masculino (los Masculino eran una conocidísima familia porteña emparen-

tada con lo más renombrado de su época, y en la actualidad desaparecida). Ese duelo trajo muchos resquemores, ya que el negro Segismundo había dicho a Eulalio que los Alvear eran de un linaje limpio, y nunca habían sido tenderos como los Masculino, siendo el linaje de su amo descendiente de los Reyes de España por los Ponce de León». (Raúl OLLER y Raúl F. CASADO, *Los duelos*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1972, pp. 25-26.)

8.- «Durante 1811, Francisco Javier de Elío, quien desde el mes de enero ocupa la jerarquía del destituido Liniers, enfrenta una guerra civil en la que ambos bandos exponen con sincera devoción su lealtad monárquica. Así José Artigas, vencedor en Las Piedras, y hombre de la Junta Grande de Buenos Aires, escribe al Virrey proponiendo un armisticio "para conservar ilesos los dominios de nuestro augusto soberano Fernando VII de la opresión del tirano de Europa, que ha causado tantos males ...". El Real de Montevideo que ostenta el título de Muy Fiel y Reconquistadora Ciudad y que muestra en su escudo las banderas inglesas abatidas, permanece impertérrito manteniendo la divisa que también tiene sus armas: "Castilla es mi corona". El hispanista uruguayo Gastón Barreiro Zorrilla en certera sentencia escribe: "La fidelidad a esa Corona, y a la Unidad de los pueblos hispanoamericanos tuvo en esos años no solo en la Ciudad de Montevideo, sino en la Banda Oriental y en todo el Virreinato, un amplio apoyo popular. Miles de familias en 1811 y 1812 se refugiaron en San Felipe y Santiago y tal como lo expresara el fervoroso realista y fino poeta criollo, Francisco Acuña de Figueroa: "Los adictos de la realeza no eran tan pocos como se ha supuesto". Al respecto dice el ya citado Barreiro Zorrilla: "Hubo algún día en que entraron al puerto más de 30 buques con familias de Paisandú, Mercedes, Colonia, (...) asimismo pasaron el arroyo Miguelete rumbo a la capital 200 carros por día con familias provenientes de los 18 pueblos del interior"». (ANDRÉGNÈTTE CAPURRO, Luis Alfredo, *Francisco Javier de Elío: honor y fidelidad*, Ediciones Nueva Hispanidad, Buenos Aires, 2004, pp. 21-22.)

III. Los Pincheira. Presentación y conclusiones.

a) Presentación.

El grupo escogido para estudiar el fenómeno de la Guerra de la Independencia o de Secesión y, de la fidelidad realista, fue el de «Los Pincheira», montonera, partida o guerrilla en la que militaron algunos oficiales del ejército realista de Chile, pero esencialmente constituida por criollos de aquel país, como los hermanos Pincheira, quienes acaudillaron y dieron nombre a la hueste que luego de las derrotas de Chacabuco y Maipú, compartiendo, quizás la convicción del personaje de Ionesco en *El Rinoceronte*: «Soy el último hombre (...) Nunca capitularé», permanecieron leales a las banderas del rey, apoyándose en numerosas comunidades indígenas de ambos lados de la cordillera e iniciando un combate que se prolongó hasta 1832, en suelo argentino.

b) Algunas conclusiones.

1.- Los Pincheira son expresión del rechazo por parte de los sectores populares (bajo pueblo o pueblo llano) del proceso de la independencia. Del mismo modo aún, en fecha tan lejana con referencia a la de 1810 como es la de 1848, conforme nos dice Eric Hobsbawm en su «La era de la revolución 1789-1848»: «¡Viva Radetsky! ¡Mueran los señores!, gritarían los campesinos lombardos, en 1848, aclamando al general austríaco que aplastó el alzamiento nacionalista unitario italiano» (p. 131).

2.- Durante este proceso, tanto los criollos como los indígenas del sur chileno mantuvieron una fidelidad al Rey que se puede enmarcar entre las del antiguo régimen.

La fidelidad mencionada se encontraría adscripta, en el caso criollo, a lo que se podría denominar «fuero militar de la frontera». Con respecto a los indígenas, la misma podría ser explicada como

consecuencia de la constitución de un «estado libre asociado» luego de los diversos parlamentos entre españoles y araucanos en los cien años anteriores a 1810.

3.- La visión religiosa del conflicto no fue un dato menor, como parecería desprenderse de algunas investigaciones sobre el tema realizadas, precisamente en la línea de Hobsbawm, sino antecedente de primer orden entre los motivadores de la lucha, agrupándolo con la lealtad monárquica.

4.- La lealtad no tuvo una expresión meramente formal, de tropa colonial, sino, como se desprende de expresas manifestaciones de los protagonistas, implicó una clara conciencia y un acentuado sentimiento de pertenencia o alianza con una comunidad mayor, a la que se vinculaba a través de alguna, distinta en cada caso, forma de patriotismo.

5.- La confluencia de las motivaciones de tipo foral, patriótico, monárquico y religioso, permiten aseverar en principio que en este caso, como en muchos otros, se dan las condiciones para que se pueda afirmar la existencia de un pre o protocarlismo, dada la calidad de las motivaciones arriba citadas.

6.- Los Pincheira no fueron «bandidos» en un sentido estricto, sino que realizaron en su accionar prácticas de bandidaje que, en todo caso están muy a menudo, sino siempre, asimiladas a los levantamientos populares.

7.- De todos modos la noción de «bandidos», aparece estrechamente vinculada con la conciencia burguesa que trata siempre de dar esta calificación a sus oponentes armados («Vendee», «Briganttagio», etc), quizá porque su imaginario los relaciona, o por lo menos así lo manifiesta, más como agresores a la propiedad privada que como ejecutores de una decisión política.

8.- En el sentido de lo tratado en 7.- se ha de señalar que desde el lado «pincheirino» la calificación más normal entre las dadas a sus enemigos es la de «insurgentes», que como es notorio plantea el enfrentamiento en el campo de la rebelión contra la legitimidad política.

9.- Los Pincheira no poseen ninguna característica de las que se puedan asociar con un determinado nacionalismo moderno (Estado-Nación sudamericano) y el intento de adscripción en este sentido posee el mismo interés de manipulación que se podría ejemplificar, con relación a España, en la identificación de un Tomás de Zumalacárregui como un protoindependentista vasco.

10.- En todo caso el patriotismo de los Pincheira se da en un marco comarcal, o regional si se quiere, pero absolutamente integrado en el general, que por uso ya antiguo se puede denominar como «imperial», refiriéndolo al «Imperio Español», aunque quizás sería mejor denominarlo como «Monarquía Católica» o «las Españas». Marco en el cual se da en forma absolutamente natural la vigencia del cuatrilema: «Dios, Patria, Fueros. Rey».

11.- Lógicamente al querer encuadrar el conflicto con la repetición del enfrentamiento entre «liberales» y «absolutistas», que traducido a América sería «patriotas» y «realistas», se muestra la imposibilidad de asimilar el fenómeno, salvo que se cambie el enfoque de la cuestión; de cualquier manera que se lo mire lo que sí resulta a todas luces imposible es la adjudicación de algún tipo de nacionalismo chileno al grupo, especie muy reiterada entre algunos autores argentinos.

12.- La rendición del grupo y su posterior integración en la reconstrucción de los estados nacionales de Chile y de la Argentina,

solo se perfeccionó cuando la restauración monárquica se tornó absolutamente irreal o de cumplimiento imposible.

En todo momento los Pincheira se sintieron partícipes y actores de una «guerra civil», de una guerra en la que se aunaban la lucha doctrinal con la de secesión o separatista, y no puede inferirse en ningún caso que la utilización de determinada simbología identificatoria, fuera solo una cobertura táctica de un grupo delictivo, y esto aunque en su propia estructura militar incluyeran delincuentes.

13.— Pese a la precariedad de su situación y el aislamiento que con el transcurso del tiempo se fue haciendo más marcado, los Pincheira intentaron siempre mantener una organización territorial política, incluyendo el asentamiento de familias, las capellanías y asistencia religiosa, acciones todas ellas que los diferencian claramente de los fenómenos propios del bandidaje.

14.— Es necesario registrar también la existencia de un mito de los Pincheira, visto tanto en forma positiva como negativa. Pero así mismo es necesario desvincular ese mito de la realidad histórica, a riesgo de contentarse con la repetición maniquea de una «leyenda negra» del tipo de la endosada a los «voluntarios españoles» en la Cuba de mediados del siglo XIX o a los «imperialistas mexicanos» de ese mismo tiempo.

15.— Sin perjuicio de la anterior conclusión se debe atender a los aspectos del mito en su faz de «leyenda blanca», ya que atestiguan, además de la permanencia en el tiempo —casi 200 años— la profunda popularidad del fenómeno, dado que debió —como en general todo el accionar de los realistas en la guerra de la independencia— soportar un permanente ataque desde el sistema educativo, los medios literarios, periodísticos, etc.

16.- Los Pincheira fueron una fuerza u organización especial que actúa como auxiliar de los ejércitos del Virreynato de Lima, en su lucha de quince años, con los políticos revolucionarios de Buenos Aires y Santiago. Quedando finalmente desvinculado de esa relación de subordinación luego de la Batalla de Ayacucho, se puede decir que, por lo menos en su conciencia dicha situación no implicó corte con sus mandos superiores tal y como se desprende del documento que alude a una alianza con el Imperio del Brasil.

17.- Los Pincheira, como guerrilla, se encuentran inscriptos en una tradición hispánica secular, cuyos testimonios van desde la recepción y comentario sobre esa característica en los autores romanos que relataron la larga conquista de la Península Ibérica, hasta las apreciaciones realizadas por Clausewitz o las más literarias de Hemingway.

18.- Los Pincheira pueden ser englobados en la resistencia que «los pueblos» hispánicos inician en mayo de 1808 contra la expansión del ideario de la Revolución Francesa y la penetración económica británica llevados de consuno por las burguesías europeas, incluyendo sectores minoritarios en España y América, y tanto por las bayonetas napoleónicas como por el comercio inglés, con su respaldo naviero y militar (Lord Cochrane, Legión Británica Bolivariana, etc.). Dicha resistencia o reacción fue uniforme en su inicio para ir tomando luego expresiones diversas, que en muchos casos hacen irreconocible su identidad para el observador poco avisado.